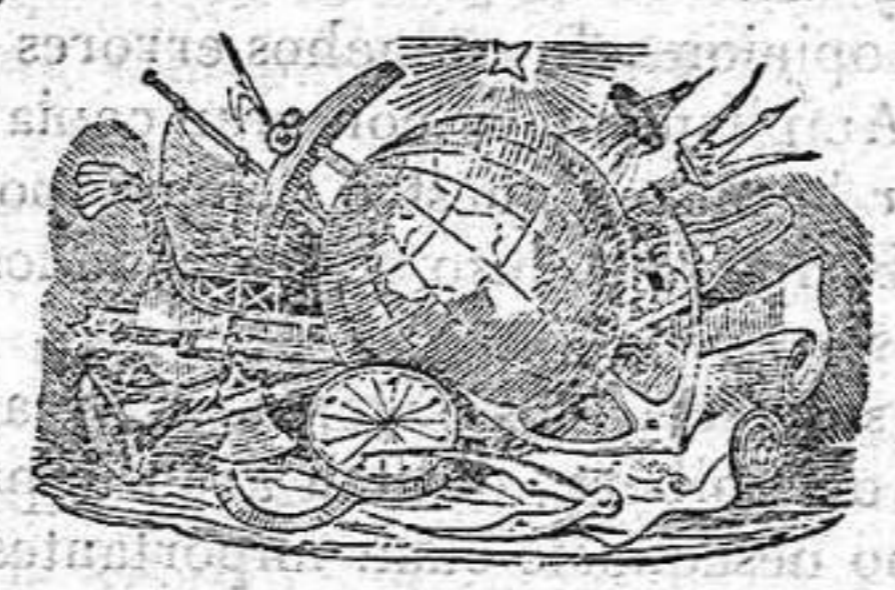


LA MACHETA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 8 DE OCTUBRE DE 1845.

Reseña política de España, sistema de su antigua organizacion. Defectos y vicios de la misma. Principios de vida y de nacionalidad de la península. Elementos de reorganizacion y de porvenir. Errores de naturales y extranjeros sobre nuestro pais.

Artículo 13.

IMPULSO DADO EN EL REINADO DE FELIPE V AL DESARROLLO MATERIAL É INTELECTUAL DE ESPAÑA. — JUICIO GENERAL SOBRE LOS BIENES Y MALES ORIGINADOS DEL CAMBIO DE DINASTÍA EN 1701.

Examinados ya en los artículos anteriores los sucesos militares y políticos, que prepararon y aseguraron en España la dinastía de Borbon, y espuestas las medidas adoptadas por Felipe V para robustecer la autoridad monárquica y mejorar la administracion del reino, pertenéenos tratar del impulso dado en este reinado al desarrollo material é intelectual para acabar el cuadro que estamos bosquejando. Nos hemos detenido como de propósito sobre esta época, no solo por su importancia, y porque abre por decirlo así, la historia de nuestros días; sino tambien, porque una investigacion mas estensa del gobierno de la dinastía de Borbon da lugar á conocer bien, cuales eran los bienes y males de nuestra organizacion nacional, y cuales las modificaciones que sufrió, con el provecho ó daño, que siguióse á ellas; materia muy grave é interesante para fijar y resolver las cuestiones, que hoy se agitan en la sociedad española.

Tres ideas, por decirlo así, fundamentales penetraron en España con Felipe V. La primera y más notable fué la de abolir los privilegios anárquicos de las diversas clases del Estado, robustecer la autoridad absoluta y mejorar la administración. La segunda consistió en dar importancia á los intereses comerciales y marítimos; y la tercera en atacar el atraso y las preocupaciones nacionales, rectificar la opinión sobre muchos errores y promover los adelantos intelectuales. Ampliamente y con gran copia de datos hemos tratado el primer objeto: es por lo mismo nuestro deber esponer ahora brevemente lo que en el reinado de Felipe V se hizo en favor de los intereses materiales, y de la ilustración del país.

Luis XIV, que con sus excelentes ordenanzas, y ayudado por la superior inteligencia y actividad de Colbert, dió tan gran impulso al comercio y á la marina de la Francia, no desconoció cuan importantes debían ser ambas cosas para la España, colocada en una posición marítima y poseedora á la sazón de las inmensas colonias de la América. Así entre las sábias instrucciones que dió á su nieto para gobernar la península, le dijo lo siguiente. « Procurad poner en buen orden vuestra hacienda: vigilad sobre las Indias, y las flotas: pensad en el comercio!

Tales fueron los consejos, que Luis XIV dió á Felipe V y que el gobierno de este jamás abandonó. Sin duda, que no se adelantó tanto sobre estas materias como era de desear; pero debe tenerse presente, que entonces como hoy, la desgobernada nación española necesitaba largos años de una administración de unidad de miras y de perseverancia en el bien, para reparar el daño causado por tantos errores y desaciertos; y que además en aquella época se echaron los cimientos de la prosperidad, é importancia política, que gozamos bajo Fernando el VI y Carlos III y que vinieron á interrumpir la ineptitud y desatentado valimiento del Príncipe de la Paz, la revolución francesa, y la española de 1810.

En los artículos anteriores vimos las providencias adoptadas por el despejado hacendista Orry para mejorar el estado de la hacienda tanto en la parte de aumentar los ingresos del erario, como en la de la organización reglamentaria. Empero en el reinado de Felipe V no solo se restituyeron á la corona las alcabalas usurpadas por los grandes, se destruyó la multiplicidad de arriendos de las rentas provinciales, y se hizo la división de provincias, sino que se redujo á la mitad el interés de los juros dándose reglas para su amortización, se suprimió la contribución de milicias, abolióse el estanco de aguardiente y licores, se moderaron los derechos de aduanas, y mandóse establecer estas en todas las costas y fronteras, quitándose las del interior, si bien esta providencia se revocó después con respecto á las provincias Vascongadas. Reconocióse la necesidad de promover el tráfico, y de crear una marina respetable; y por ello, al paso que se mejoraba la hacienda, se encargaba á los intendentes la protección de las fábricas, y se formaba (1718) la instrucción de ingenieros, con el objeto de tener noticias individuales de la situación de las ciudades, calidad de los caminos, estado de los puertos, fortificaciones y plazas de guerra, con el de reconocer los ríos navegables, y parages á propósito para abrir acequias y canales, formar cartas geográficas de las provincias, y observar las circunstancias de cada país, sus frutos y granjerías. Al mismo tiempo se establecieron impulsadas por el gobierno la fábrica de tintes, glaces y tapices de Madrid, la real de paños de Guadalajara y la de Valdemoro, las de gamuzas, antes, sombreros, sedas y pañuelos de la Olmeda de

la Cebolla, las destinadas al corte y conduccion de las maderas para la marina en Aragon y Navarra, las de brea, alquitran y jarcia en Aragon y Cataluña, y la de hoja de lata en las cercanías de Ronda. Empero no fueron estas las únicas providencias, que se dieron en favor de la marina y del comercio. A los esfuerzos de Alberoni, y á la incansable actividad y superiores talentos de D. José Patiño debióse la formacion de aquella imponente escuadra, que al mando del primer marques de la Victoria, peleó con honor y bizarría contra la inglesa, y de una marina, que llegó á constar de 51 navíos de línea (10 de 70 cañones y los 21 de 60), 15 fragatas, y de varios buques menores. Entónces se construyó el arsenal de la Carraca, y se dió una nueva y mas entendida organizacion á la armada, hasta entónces dividida en escuadra del Océano, armada, de la Guardia del estrecho, de la guardia de la carrera de Indias, de la Averia, flotas de nueva España, galeones de Tierra firme, armada de Barlovento, armadas del Sur y Filipinas y armadas de Cantabria, Flandes y Nápoles, con su independencia, gefes diversos, tribunales distintos y diferentes formas de cuenta y razon. Publicóse al mismo tiempo la ordenanza para el gobierno de los arsenales, admitióse el sistema frances de formar la armada por medio de las matrículas de las gentes de mar; y para la educacion científica del cuerpo de oficiales de Marina se instituyó en Cádiz el colegio, ó compañía de Guardias Marinas, abandonado vergonzosamente en nuestros dias y cuyo restablecimiento con las modificaciones consiguientes á los adelantamientos modernos debe ser el primer paso, que en España ha de darse para el fomento de la marina.

Es una máxima muy conocida en nuestros dias, que ningun pais puede ni debe tener una gran marina militar, si no se halla hábilmente enlazada con la mercante. Solo con un vasto comercio exterior puede un pais indemnizarse con usura de los inmensos gastos, que cuesta la armada, y tener hábiles oficiales y diestros é intrépidos marineros, los cuales y no el número y porte de los navíos, constituyen verdaderamente una escuadra. Asi pues hay tres cosas enlazadas entre sí que, son necesarias para el fomento de la marina: tener un buen sistema de hacienda, que sin gravámenes extraordinarios habilite al gobierno para destinar fondos considerables á este objeto: promover la instruccion científica de oficiales, pilotos, constructores, y dar cuantas medidas económicas conduzcan á facilitar la bondad y baratura de las maderas, jarcias, lonas y todos los utensilios indispensables para la construccion de buques; y considerar la marina no tanto como una fuerza destinada á defender el honor y la independencia del pais, sino como una institucion destinada á estender y asegurar el comercio y á fomentar el espíritu mercantil y explorador. Se comprende pues fácilmente, que todo ministro ilustrado, que piense mejorar la marina, debe desde luego tomar en cuenta la proporcion del comercio. Por lo mismo, si bien en tiempo de Felipe V y de Fernando el VI no se comprendieron estas cosas con la claridad que en nuestros dias, y aunque prevaleció el espíritu de orgullo monárquico de considerar la armada como una ostentacion de poder y un medio de adquirir importancia, de defender la nacion y de hacer invasiones atrevidas, no por eso desconocieron los hombres de aquella época, y especialmente los ministros Campillo, Patiño y Ensenada, que debia procurarse á la vez el restablecimiento del comercio, y dar un impulso poderoso al tráfico. Asi no solo se promovieron por el gobierno las fábricas que hemos citado, sino que para evitar el contrabando, se estableció la compañía de Caracas, proyectóse para el comercio del Oriente la for-

macion de la de Filipinas, que mas tarde se llevó á efecto, y se logró la mayor frecuencia de los viages de flotas y galeones con la institucion de los buques de registro. Miétras el gobierno deseaba y promovia la estension del comercio y de la Marina, los economistas españoles de este tiempo, Ustariz, Zabala, D. Bernardo Ulloa y Campillo, recomendaban en sus apreciables obras, *teoria y práctica del comercio, representacion á Felipe V para aumentar el erario y la prosperidad de la monarquia, restablecimiento de las fábricas y comercio español y en el nuevo sistema económico para la América*, el fomento de las fábricas, la mejora de los aranceles, la proteccion del tráfico nacional, moderando los derechos y premiando á los fabricantes, la necesidad de variar el sistema colonial, de conceder á la América libertad de comercio en todos los puertos de España, aboliendo el único puerto, y la institucion de las flotas y galeones, y la formacion de una visita encargada de reconocer escrupulosamente el estado de nuestras colonias y de proponer cuanto creyese conducente á su buen gobierno, que se cometió en 1744 á Ulloa y D. Jorge Juan. Miétras asi procedian los economistas, D. Juan José Navarro, D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, popularizaban los conocimientos de la ciencia naval, y competaban en instruccion con los mas afamados sabios de España. Tan notable y poderoso impulso en favor del comercio y de la Marina, si bien por nuestro atraso no pudo impedir el contrabando de los extranjeros y especialmente de los ingleses en América, era un hecho nuevo en España, á cuya decadencia en los últimos reinados de la Dinastía Austríaca, no habia contribuido poco el descuido y torpeza con que fueron tratados puntos tan interesantes.

El tercero y último resultado del gobierno de Felipe V fué la mayor libertad de pensar, y el vuelo que con este motivo tomó el ingenio español. Habia sido, en el siglo XVI y principios del XVII, nuestra nacion la mas adelantada sin duda de Europa, como lo prueban no solo las obras maestras de nuestra lengua y literatura, sino las de historia, política, economía y aun de ciencias exactas; empero nos sucedió por desgracia que miétras los demas paises hicieron notables progresos, nosotros quedamos estacionarios, y aun retrocedimos al fin del siglo XVII por el errado sistema político y religioso, hasta el punto de ser insoportable por su languidez é inconexion de ideas la lectura de casi todas las obras escritas en el reinado de Carlos II. Mas luego que Felipe V entró á reinar la vivacidad, despejo y libertad del espíritu frances se comunicaron á España, y rompieron la cadena, que hasta entonces comprimiera el vuelo de su ingenio. La princesa de Ursinos, Orry, Patiño, Macanaz y el baron de Ripperda, no solo egecutaron trascendentales reformas, sino que sostuvieron ideas atrevidas en abierta oposicion con las que hasta entonces dominaron en España. Por dos veces se pensó en suprimir la inquisicion, que desde este reinado dejó de ejercer su antiguo poderío y de ahogar la libre manifestacion del pensamiento. El monarca protegió decididamente las ciencias y los sabios, y en sus dias se establecieron las escuelas preparatorias de artilleria en Ceuta, Oran y Barcelona, la Biblioteca Real, las academias de la historia, de la lengua y de medicina de Madrid. Al mismo tiempo un fraile distinguido por la vivacidad de su ingenio, la estension de sus conocimientos, y su espíritu reformador, Feijoo, impugnaba en su teatro crítico y en sus cartas eruditas con un estilo conciso, lleno de nervio y algun tanto parecido al de Saavedra, la supersticion y los errores del vulgo, popularizaba los conocimientos físicos, ridiculizaba el escolasticismo y el peripato, y proponia

con ardimiento notable la correccion de varios abusos; y la mejora de nuestro sistema de enseñanza, que á decir verdad no adelantó mucho bajo el reinado de Felipe V.

Se ve pues, que con la dinastía de Borbon penetró en España el espíritu frances, y se verificó un cambio saludable en el sistema de gobierno y en las ideas. A favor del mismo logró aquella no solo importancia y prestigio exterior, sino volver de su anterior abatimiento, y echar los cimientos de su futura prosperidad. Hubo la fortuna, de que á pesar del espíritu de reforma se respetaron entónces las bases de nuestra organizacion política, que eran la Religión, la monarquía y las costumbres; y solo se emprendieron con admirable tino las mejoras, que pueden siempre hacerse sin peligro en todo pueblo; á saber, las que atañen á la buena administracion, y las que se dirigen á rectificar lenta y gradualmente errores funestos y á darle mayor ilustración.

Formando ahora un juicio general sobre el gobierno de Felipe V, se echa de ver desde luego, que el advenimiento del mismo al trono español fué un suceso muy favorable á la prosperidad y adelantamientos de la península. Ocupaban hacia algun tiempo el cetro de San Fernando Reyes enervados y degradados, quienes, á juzgar por los hechos no parece sino que tenian el destino de mirar como irremediable la decadencia y ruina de la monarquía. Al golpe de tantos desastres, como los que entónces experimentamos, y merced al influjo de erradas ideas políticas y religiosas, quedó como adormecido el antiguo y magnánimo carácter español, y se hacía necesario un sacudimiento material y el poderoso ascendiente de nuevas y vigorosas ideas, para despertarnos del letargo en que yacíamos, y curar tantos errores, abusos y preocupaciones políticas y religiosas como las que á la sazón dominaban en España. Esto se logró por medio del cambio de dinastía, y ya se ve de cuánta importancia y utilidad era obtener este objeto, puesto que pendia de él el porvenir y la prosperidad de la monarquía. Mas como anda siempre el bien mezclado con el mal en el mundo, la dinastía de Borbon importó á España modificaciones funestas. Dividióse por decirlo así la nacion en dos clases; en la de los sabios y hombres de corte y en la general del pueblo. Mientras éste permanecía apegado á sus hábitos y preocupaciones, aquellos se colocaban en una posición opuesta, abdicando todo carácter de nacionalidad, y haciéndose completamente franceses. Este espíritu, y esta lucha resaltan con mucha fuerza, en el paralelo de las lenguas francesa y española hecho por Féijoo en el tomo 1.º de su *teatro critico universal*, cuando refiere la opinion de los que creian que los libros franceses no contenian sino bagatelas y futilidades, y la de los que deprimian todo lo que era español. «Solo en Francia (dice) pongo por ejemplo, reinan segun su dictámen la delicadeza, la policia, el buen gusto. Acá todo es rudeza y barbarie. Es cosa graciosa ver á algunos de estos, nacionistas (que tomo por lo mismo que antinacionales) hacer violencia á todos sus miembros para imitar á los-estranjeros en gestos, movimientos y acciones, poniendo especial cuidado en andar como ellos andan, sentarse como se sientan, reirse como se rien, hacer la cortesía como ellos la hacen, y asi de todo lo demas. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse. Y yo me holgaria que lo lograsen enteramente, porque nuestra nacion descartase tales figuras. Entre estos y aun fuera de estos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que prefiriéndola con grandes ventajas á la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una

breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la conversacion, aun cuando hablan el castellano. Esto en parte puede decirse *que ya se hizo moda*, pues los que hablan castellano puro, casi son mirados como hombres del tiempo de los godos."

Nada hay mas significativo que esta relacion de Féijoo, para comprender el cambio de la nacionalidad española. No solo se copiaban en materias de marina, hacienda y comercio por nuestros ministros las escelentes ordenanzas de Luis XIV, lo cual atendido el atraso de la península, era muy ventajoso, sino que se tomaban las ideas, las costumbres, la literatura y los gestos de los franceses. Semejante tendencia era y ha sido funesta y degradante, tanto como ridícula. Los que presumiendo de ilustrados, adoptan lo estrangero con tal fanatismo, muestran primero versatilidad de ánimo, y envilecen su propio pais, lo cual no debe jamas permitirse ningun hombre. Eran ademas las costumbres y la literatura española de mas valer que las francesas, y adoptar ahora estas, equivalia á trocar oro puro por oro con liga, y el mérito real por el aparente, ó solo brillante. Por otra parte; debe dirigirse todo gobierno á rectificar los errores y preocupaciones de su pais, y á adoptar todas las ideas luminosas y útiles de otras naciones en materias de administracion; mas lo que jamas ha de hacer, es desacreditar las costumbres y la nacionalidad del mismo. Puede sin duda una nacion adquirir en esta carrera mayor ilustracion; mas un pueblo que para ello principia abdicando su carácter, deja de ser tal pueblo, y hace imposible toda grandeza y porvenir. Las naciones no han hecho ni harán por punto general grandes cosas, sino permaneciendo fieles á sus sentimientos y vida moral. La cabeza produce filósofos, y grandes adelantamientos científicos; mas con el corazon y con los sentimientos morales consumáronse todas las empresas brillantes que honran la humanidad. Es pues el deber de todo hombre de genio, ser siempre en la esencia y en el fondo lo que es su pais, sin perjuicio de procurar su mayor ilustracion. Solo asi pueden hacerse las grandes cosas, y solo asi se evita toda division entre los hombres entendidos y el cuerpo de la nacion, division que ha sido tan funesta á España, que fué y es la causa primera de los males que sufrimos desde 1810.—*Fermin Gonzalo Moron.*



EL SABIO Y EL SIMIL-SABIO.

Allá, por el año de 1840, cuando yo escribia, recuerdo haber dicho que era el hombre mas variable del mundo, cosa que no me pesaba por estar firmemente persuadido de que, no los años, sino las sensaciones son las que forman la vida del hombre, y de que, para recibir las continuamente nuevas y fresquitas, nada habia tan apropiado como la volubilidad. Esto decia en el mencionado año de 1840, y si bien desde entonces no he variado de color filosófico, debo añadir sin embargo que pocas cosas me dan tan malos ratos como esa misma volubilidad. Quisiera los deseos y hastiame del logro: en una palabra, me cansa lo que alcanzo. Fatalidad triste por cierto, y mas que triste irremediable, si no es que se tome por remedio la misma enfermedad.

Receta infalible, decia Quevedo, para que las mugeres todas anden tras de ti: ve tú delante de ellas, y es probado. Lo mismo, pues, digo yo: Receta infalible para que no cause el logro: no alcanzarlo, quedarse con los deseos, y es probado. Ello, bien mirado, la cosa no deja de tener sus goces, y como hubiera siempre fuerzas bastantes para resistirse uno á sí mismo, la enfermedad no seria tan desesperada como á primera vista parece.

Supongamos por ejemplo que me enamoro, ó por mejor decir, que creo estar enamorado. Veo á mi ídolo, le pongo sobre mi corazon, le adoro, le divinizo... pero no se lo digo; al contrario, me callo, me aguanto, me reprimo y soy feliz y conservo mi ilusion. Alguien llamará á eso amor platónico, y se mofará y... y qué sé yo que mas? Y bien, señores positivos, burlense ustedes en hora buena y observen otra conducta: VV. hablarán y tendrán el sí y tendrán... y tendrán luego lo que VV. no quisieran tener, el vacío, ese vacío que es el peor de todos los males. Lo dicho: estoy por los deseos, estoy por la enfermedad.

Esta abstinencia mia pues, que por algo he de haberla mentado, esa lucha de mis deseos reprimidos con la conservacion de mis ilusiones, me ha libertado, entre otros, de un gravísimo desacierto, de un mal que no hubiera tenido reparacion, me ha libertado en una palabra de saber. Cuando en algunas ocasiones de mi vida he recordado algunos nombres célebres en la república de las letras, confieso francamente que he sentido por algunos instantes vivísimos deseos, sinó de ser enteramente como ellos, de parecerles á lo ménos en cuanto me lo permitiesen mis fuerzas; en una palabra, he tenido la infernal tentacion de estudiar. Afortunadamente para mí, estos malos pensamientos no han pasado adelante, y ya sea porque Dios no me hubiese dejado todavía de su mano, ya por efecto del sistema que acabo de indicar, ó ya por entrambas cosas, mis deseos siempre se quedaron en deseos, de lo cual mil y mil veces me doy el parabien.

No te escandalices, ó lector. ¿Qué hago yo mas que publicar una opinion que tú y la inmensa mayoría teneis encerrada en vuestro pecho?

Fortuna te dé Dios hijo
Que el saber, poco te vale,

ha dicho un refran, es decir un hijo de la esperiencia, y á fé que entre los infinitos hijos de la tal señora, este debió de ser el predilecto segun la gran dosis de verdad que encerró su madre en él.

No diremos que en algun tiempo no se pudiese ser sabio impunemente; pero en el dia, en el siglo de la ilustracion, en el siglo 19 en una palabra, ya es otra cosa. El sabio en nuestros tiempos no es más que un majadero, y por si este dicho necesitase pruebas, no tenemos inconveniente alguno en presentarlas.

Suponte, ó lector, (esto no es mas que una suposicion) que eres sabio, y dejando aparte lo de majadero, figúrate tambien que has aprendido las ciencias exactas, las naturales, que conoces los autores clásicos antiguos y modernos, y por último que posees, amén de varias otras frioleras, las lenguas griega, latina, francesa, inglesa, alemana, italiana, &c. &c.; y hasta la lengua castellana, mira si quiero concederte. Y bien, dime ahora ¿qué va á resultarte de todo esto? Crees acaso que tu ciencia te ha de dar algun valor, alguna importancia en la sociedad? Necio si tal piensas! Prescindiendo ahora de tu salud, de tus fuerzas que se habrán quebrantado; prescindiendo de las verdades que aprenderás y que han de amargar terriblemente tu existencia; entremos en la sociedad, en esa sociedad para la cual, por mas que te ilusiones, tu orgullo te ha hecho trabajar, y veamos lo que te espera en ella. Si encuentras media docena de hombres que lo sean efectivamente, es decir, que estén á nivel tuyo para poder comprenderte, estos serán tus mayores enemigos porque no hay odio mas fuerte que el originado por la envidia. En cuanto al resto de ella te llamará pedante, fatuo, erizo, buho y qué se yo cuantas lindes mas, porque no pudiendo amoldarte á su frivolidad, tendrá ella que concluir una de estas dos cosas: ó que es una torpe ó que eres un torpe. La decision no hay para que decir.

Pero dejemos esas frioleras, y vamos á otras que no son por cierto menos apetecibles. El sabio en primer lugar suele ser modesto, circunstancia que le hace tener mucho adelantado para morir de hambre. En segundo lugar, es corto de vista, y este defecto en unos tiempos en que cada ojo debiera ser un microscopio, es como si digéramos, convertirse en pelota ó volante de la sociedad. En tercer lugar (y está oes la mas negra) el hombre que posee las ciencias, posee tambien la de no tener un cuarto, crimen imperdonable en este siglo, que por no ser el de oro (afortunadamente para él) existe todavia y no lo hemos devorado; en este siglo en que se proclama por reina del universo á una Inglaterra, porque tiene un Londres, el cual tiene una City, en la cual hay muchísimo, muchísimo dinero, mas dinero que palabras; en este siglo en fin, en que la persona mas apreciable es la que mas se parece á un doblon, y en que el alma es un género en venta, la cabeza una aritmética, nuestras facultades un capital disponible cuando no en circulación, y cada una de nuestras acciones una operacion financiera. Bajo este punto de vista, pues, el sabio no es otra cosa que un ser completisimamente nulo. Merecido se lo tiene! ¿Quién le mandaba al muy pobre meterse á sabio? Ignoraba por ventura que riqueza y sabiduría son, como si digéramos, el polo ártico y el antártico, ó por mejor decir, y para poner la comparacion al alcance de

todo el mundo, el cesante y el ministro, la viuda y el intendente, el esclaustrado y la abundancia? Si lo ignoraba; dónde está su sabiduría? Si por el contrario, no lo ignoraba, fuerza es concluir una de dos; ó bien poquísimos talento, en cuyo caso podríamos negarle tambien el epíteto de sabio, ó culpa por demas en sus padres que al ver la inclinacion de su hijo no se alarmaron, tratando por todos los medios posibles de desviarle de ella y metiéndole en último apuro en Zaragoza.

Ahora bien; despues de todas estas calamidades; ¿me negarás, ó lector, que para ser sabio se necesita tanta vocacion por lo ménos como para el martirio? De mí sé decirte que, antes que venir al mundo con tan fatal estrella, prefiriera cien mil veces haber nacido con los santos inocentes. Y no se me venga ahora con las palabrotas de gloria, celebridad, reputacion, &c. &c., pues la gloria que espera al sabio en vida ya queda dicho cual es, y en cuanto á la póstuma, única en que pudiera confiar algun tanto, confieso francamente que no estoy por ella. Para mí, la gloria que no se siente, que no se palpa, que no se aspira, poco ó nada debe importar al interesado: tanto valdria otro nombre cualquiera. Gloria por gloria, pues, prefiero la del paraiso, ya que para alcanzarla no solo no se necesita ser ningun sabio, sino que hasta sea quizá un impedimento tal circunstancia. Bienaventurados, dice el catecismo, los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos.

Dénme á mí por el contrario, uno de esos hombres llamaradas, de esos hombres de felicísima memoria, de esos hombres en fin, que si bien no se han formado para las ciencias, se han formado las ciencias para ellos, lo cual nadie me negará que es una grandísima ventaja. ¿Con vosotros me entierren, seres felices, que jugais con lo que á otros mata! ¿Quereis gloria? La teneis. Ocio, blandura? Lo teneis. Dinero? Lo teneis (mas que el sabio por lo ménos). Larga vida? Oh! esa sí la gozais en toda su estension, porque vuestro saber no es de aquellos que destruyen y aniquilan, y hacen envejecer antes de hora y acaban por llevar á la huesa. Vuestro saber es el del loro: saber de palabras, ó si se quiere, catecismo del saber, apuntes sobre la ciencia. Benditos seais, memorias felices, vuelvo á decir mil y mil veces.

Efectivamente, mirado bajo el punto de vista positivo, único, á mi entender, real y verdadero, solo es sabio el que sabe parecerlo. ¿De qué le sirve al hombre instruido tener la conviccion de su ciencia, si no puede inculcarla á los demas? En este mundo en que *stultorum infinitus est numerus* como acertadísimamente ha dicho no recuerdo quien, una cortísima fraccion comprenderá al sabio: para los demas, es decir, para la inmensa mayoría, sus palabras serán griego; y hé aquí como lo que es un escollo insuperable para el hombre de mérito, se convierte en gradas de gloria y adoracion para el símil-sabio. Este tiene pues su reputacion ancha y estendida, reputacion tanto mas dulce y envidiable, cuanto que ningun trabajo le ha costado, ninguna desazon le ha validó.

¿Pero cómo, me dirán VV., cómo se consigue esta ventaja? ¿Cuál es la receta para fabricar un símil-sabio? La receta? Facilísima: héla aquí.

Junta V. cuatro palabras de física, seis de historia sagrada, dos ó tres de la profana y mezcle V. todo eso con algunos vocablos de medicina. Añada usted en seguida algunas citas inglesas y alemanas si puede ser, con otras bico-cas por el estilo. Sepa V. que en Italia ha habido un Alfieri y un Manzoni, en Inglaterra un Shakespeare y un Byron; en Alemania un Schiller y un Goethe y así de todas las naciones. Haga V. por nombrar de cuando en quan-

do al boeuf-gras de Paris, á Zoroastro, á los Zugos, las ruinas de Herculano, el templo de Isis, la semana santa de Roma y las viudas del Malabar: mani-
fiéstese V. enteramente opuesto en política al sistema de alguno de los gran-
des hombres que figuran ó han figurado en primera línea; y todo esto bien
revuelto y barajado, suéltelo V. en cualquiera conversacion que se ofrezca,
cuidando siempre de renovar los ingredientes cuando los arriba dichos estu-
viesen ya algo usados, y desde entónces puede V. ya tenerse por como-sabio.

Sin embargo no es esto todo: dos cosas hay todavía ambas esencialmente
necesarias para el ser que nos ocupa. La primera es haberlo estudiado todo,
es decir, manifestar haberlo estudiado todo. Se habla de matemáticas, de fisi-
ca, de botánica, de cualquiera cosa en fin;—Hombre! esclama nuestro héroe;
yo necesito absolutamente repasar las matemáticas; se me han olvidado casi
del todo: ya se ve, esta maldita física seduce tanto que no sabe uno dejarla
un momento.—O bien:—¡Qué bonito estudio el de la botánica! ¡qué entrete-
nidos ratos me ha hecho pasar!—Pero si alguno tratase de cerciorarse de los
conocimientos de nuestro hombre sobre el punto en cuestion, entónces deberá
este tener bastante tacto para evadir el apuro, ya sea mudando de conversa-
cion, ya separándose de su examinador pero sin que parezca huirle, ya en
fin valiéndose de los recursos que su imaginacion y las circunstancias le ofre-
cieren. Tampoco es malo de cuando en cuando coger á algun amigo en paseo ó
en otra parte (si es cuando puedan oírle mejor) y proponerle hablar en ruso.
El otro dice ingenuamente que no lo sabe, y nuestro científico que se halla en
el mismo caso, reniega entónces de España porque no se ha introducido to-
davía en ella el ruso, lo cual será causa de que él lo pierda por no tener
con quien hablarlo, y acaba por soltar media docena de palabras, termina-
das todas en *of*.

En segundo lugar, el pseudo-sabio debe ser disputador acérrimo y enco-
mendar su razon á sus pulmones. Cualquiera que sea la causa que sostenga
nunca debe ceder ni mostrarse convencido; eso le desacreditaria. Lo único
que podrá hacer si se viere muy acosado será llevar la cuestion á otro terre-
no, y si en este tambien le apurasen, á otro y otro y otro y así sempiterna-
mente, hasta lograr darle tal vuelta que no la conozca la madre que la parió.
Es muy bueno tambien en estos casos y produce un grande efecto concluir
con algun gesto de desprecio, como quien conoce haber perdido el tiempo en
disputar con tan inferior adversario. Esto, y el haber logrado no entenderse al
cabo de la disputa, gracias á los giros que se le han dado, suele valer siempre
al símil sabio un tácito aplauso de sus amigos.—¡Qué talento tiene! dicen entre
sí. ¡Qué talento tiene! repiten luego en todas partes; y hé aquí la reputacion
de nuestro hombre aumentada unos cuantos grados en la sociedad, que ó
no sabe ó no quiere tomarse la molestia de averiguarlo.

El interesado por su parte nada dice; pero ¿quién al observar su interior
en aquel momento, no envidiaria su felicidad? Satisfecho de sí mismo, repasa
con deleite en su memoria las razones mas luminosas que acaba de esponer, la
desesperacion de su adversario, la aprobacion manifestada claramente en el
semblante de sus amigos, y entónces, convencido mas que nunca de su supe-
rioridad y talento, casi le da lástima su enemigo: entónces le parece que no
hubiera debido perder el tiempo en contestarle y solo sonreír significativa-
mente á sus razones, como quien dice—¡pobre hombre!—Entónces... en fin
entónces es feliz, completísimamente feliz.

Sin embargo, como hay de todo en este mundo, puede haber tambien

entre los oyentes quien piense que nuestro erudito es un pedante ; pero este solo lo piensa , nunca lo dice. ¿ Qué sacaria con ello ? Que mil voces se levantan para llamarle envidioso , ignorante , y otros adjetivos no ménos agradables , porque el símil sabio tiene amigos numerosos y verdaderos , en cuanto cabe esta circunstancia en la amistad. Como no es adusto , y juega y baila en las sociedades , y viste bien , y gusta y habla con ligereza de las mugeres , y tiene en una palabra todas las flaquezas de sus compañeros ; estos le aprecian y simpatizan con él porque no ven en su porte ningun afan de hacerse superior á ellos (cosa que nunca se perdona) , y ni sus pretensiones literarias , ni su hablar , al tratarse de mugeres , del perfil griego , de Porcias , Lucrecias , Virginias y demás comparsa , les ofende ni les acusa en lo mas mínimo. Asi pues , el símil sabio vive en todas las esferas. Unas veces literato , otras político , otras calavera , brilla siempre y es feliz porque cree en su ilusion. Conoce ante quien puede hablar sin que le pillen sus renunciados , y sabe tambien ante quien debe callar por no aventurar su reputacion , y en eso es preciso concederle un tino sorprendente. No hay en él instruccion , no abre un libro , no medita jamás ; pero en cambio tiene memoria , tiene desembarazo , tiene salud. ¿ Qué mas se puede pedir ?

Reasumiendo pues todo lo dicho , y poniendo á un lado al verdadero sabio con sus achaques , su pobreza y su soledad ; y al otro , al símil sabio con su reputacion , sus goces y su salud ; declaro formalmente que estoy por el último , y soy tan exclusivo en esta opinion mia , que no dudo en afirmar que cualquiera que siga la contraria , dará puebas las mas claras de haberse vuelto loco ó de atentar contra sí mismo.

Afortunadamente , y sin duda por efecto de las razones que hemos indicado , la casta de los sabios verdaderos va escaseando rápidamente , y Dios mediante , no desconfiamos de ver el dia en que se nos enseñe uno , como se enseña ahora el megaterio , como único en su especie y animal anti-diluviano.

SIMON.



Pero como en el corazón se combinan pasiones buenas y malas , como hay en él el escudo de las mismas pasiones buenas , no hay en su nombre pasiones que no se hallen , cuando que se desvanecen , tratadas que no se

LAS DOS MUJERES.

NOVELA POR LA SEÑORITA AVELLANEDA.

No son ya las novelas lo que eran en otros tiempos de menores pretensiones, obras del ocio y para el ocio, pábulo de curiosidad mas ó ménos inocente para jóvenes desocupados y doncellas sentimentales, y cuyos autores creían haberlo conseguido todo con traer al lector enredado en la madeja de los sucesos hasta el último capítulo y con verter al postre una máxima mas filosófica que original: no son tampoco lo que eran en la época ya lejana que inauguró Walter Scot, traslados mas ó ménos fieles de una época ó personaje determinado, émulas y quinta esencia de la historia; á algo mas aspiran que á ser el retrato de un individuo ó de un siglo, cuando tienen delante de sí á la humanidad. Mengua seria para esta clase de obras titularse amenas, instructivas, ó aunque sea históricas ó fantásticas; sobre todos estos hay otro epíteto mucho mas trascendental, mucho mas solemne, y es el de *social*. Cada novela es un código, es una solución palpitante de un gran problema, es un tipo verídico de lo que es ó de lo que debe ser, cada personaje es como en la mitología griega una personificación de una cualidad abstracta, y gracias cuando es solo la del ambicioso, la del sabio, cuando no es la *del hombre*, de *la mujer* á secas. Qué importa encantar la fantasía ó conmover el corazón cuando se trata de conmover el mundo sobre sus cimientos? Guárdenos el cielo de condenar semejantes pretensiones, siempre que puedan sostenerse ni de lamentar el que por la fortuna queden las mas veces sin efecto; pero hablar de intriga, de caractéres, de estilo en tales creaciones, seria poco ménos que un insulto, y no es culpa nuestra si los modernos trovadores ó romanceros se sustraen de la jurisdicción, no digo de las academias del *Gay saber*, sino de la del mismísimo Areópago de Atenas.

Preciso le es, pues, á la crítica remontarse á las altas regiones de la filosofía en pos de las plumas de águila que suben cada dia á interrogar al Creador acerca del destino del hombre ó á contemplar con orgullo y aplaudiéndose á sí mismas las miserias de la sociedad y la pequeñez del mundo que á sus plantas yace. El destino del hombre para nosotros no es un problema sino un axioma: es el que dicta la fé y la moral, el que aprendimos humildemente en las escuelas, *cumplir con Dios, consigo mismo y con el prójimo*, ó hablando en el lenguaje místico-sentimental hoy dia en voga, *orar, amar y perfeccionarse*; es en práctica el de Jesucristo *pasar haciendo bien sobre la tierra*, porque la beneficencia en su mas lata acepción no es mas que el amor práctico. Todos los deberes del hombre se resuelven en amor, y no sin misterio puso Dios en el corazón el centro de la vida.

Pero como en el corazón se confunden pasiones buenas y malas, como hay en él el exceso de las mismas pasiones buenas, no hay en su nombre paradoja que no se defienda, encanto que no se desvanezca, virtud que no se

destruya; y en nombre del amor mismo se llega al endurecimiento y egoísmo mas completo: lo que demuestra cuán incapaz es el corazón de darse leyes á sí propio. El sentimiento es como toda fuerza mecánica, como el vapor que mientras funciona con regularidad dentro de la máquina en la cual está comprimido, arrastra tras sí un pequeño mundo, pero una vez salido de su compresión y rompiendo las leyes del mecanismo, todo lo vuelca, lo estrella, lo sumerge. Y esta máquina la llamamos fé, y estas leyes las de la religión.

Y hé aquí otro error en que incurren los reformadores del mundo, los Jeremías de la vida; siempre que las pasiones se ponen en desacuerdo con los deberes, no ven otro freno que se les oponga sino la sociedad, y entonces maldicen de ella, la tachan de hipócrita, la huellan, y vuelven los ojos entusiasmados á la vida salvaje. Pobre sociedad del siglo XIX, que minando ó dejando minar la base imperecedora de toda moral, quisiste edificarla de nuevo sobre arena ó sobre leños flotantes, creyendo que las palabras *educación, convenciones, bien parecer* serian la vara mágica que conjurase la desencadenada tormenta de las pasiones! bien hacen en desenmascarar tu hipocresía, en pintar tu corrupcion, en no sacrificarte un ápice de felicidad, porque ciertamente no lo vales, y ser virtuosos para complacerte seria la suma locura; pero afortunadamente hay dos cosas algo superiores á tu aprobacion, Dios en el cielo, y la conciencia en nosotros.

Estos inconvenientes suben de punto en la muger, quien, estinguida una vez la religión, no seria sino lo que era antes de la aparicion del cristianismo, un mero instrumento de placer, y que por cierto no es la que mas gananciosa sale en las leyes de la sociedad y del gran mundo. No es otra la explicacion que puede darse á las tentativas de Jorge Sand, en quien hay mezcla de Lamennais, de Balzac y de Lamartine, y que con el tono inspirado de un reformador, con la desfachatez de un libertino, y con la profunda sensibilidad de una muger, ha atacado instituciones respetables, sí, pero respetables solo á los ojos de la religión, pues de razon á razon, de filosofía á filosofía, no va sino lo que de hombre á hombre.

Sentimos por tanto que la señorita de Avellaneda, seducida sin duda por el tesoro de sentimiento, y por las gracias del estilo que derrama á manos llenas en sus producciones aquella muger á quien no negaremos el nombre de genio, pero genio desordenado y tal vez funesto, siga en parte sus huellas en su preciosa novelita que nos ha sugerido las anteriores reflexiones, no porque le sean directamente aplicables, pues ni su modesta trama y sencillo estilo afectan colosales pretensiones, ni aparecen estas altamente destructoras del orden social establecido. Hemos creído empero deberlo tomar de tan arriba para señalar el origen y las tendencias de cierta escuela que no ve por do quiera sino desengaños, y llama ilusion á toda creencia y esperanza, ideas inútiles y dolorosas si no salen de las teorías, peligrosas y fatales si en la práctica se saquen de ellas las debidas consecuencias.

Qué es lo que se intenta probar con esto? que no son posibles las virtudes, que no es posible la dicha sobre la tierra? Cabalmente: la señorita Avellaneda se ha encargado al parecer de refutarlo en el tomo primero de su novela al trazar el cándido y dulsísimo cuadro de la felicidad doméstica de que gozan *Carlos y Luisa* al lado de sus ancianos padres. Qué belleza de caracteres, qué naturalidad é interes de situaciones, qué ternura y propiedad de diálogo, qué delicadeza de observaciones? La primera entrevista de los dos

futuros esposos, los progresos de su inocente amor, su enlace, las veladas entretenidas en sabrosas lecturas, el dolor de la despedida en los dos consortes, la ausencia, todo está pintado con pincel tan fino y suave, que no basta tal vez para trazar este cuadro; haberlo presenciado amenudo, sino haber formado en él parte integrante. Si hubiéramos leído el primer tomo antes de publicado el segundo hubiéramos rogado á la autora, como lo hizo la Europa entera con Richardson acerca de la suerte de su *Clarisa*, que no hiciera culpable á aquel *Cárlos*, ni á aquella *Luisa* desgraciada. Ahora bien, qué engaño ó ilusion puede caber en una dicha tan sencilla, en una vida tan monótona y concentrada en que ni hay quiméricas esperanzas, ni arrebatos de imaginacion, ni deseos exagerados! No se quiere comprender que la realidad es el orden, que la vida común es la dicha, que nada hay por decirlo así mas *positivo* que la virtud; la falsedad y la exageracion se tocan, y los sueños y los errores no nacen sino de una imaginacion desarreglada y de una *vida excepcional*. Cuál de las dos heroínas, de *Luisa* ó de *Catalina*, la una de tipo comun, de alma angelical é inocente; la otra de *grande alma*, de imaginacion y pasiones exaltadas, ¿cuál está mas cerca del orden, de la realidad, de la dicha? Cuán pequeña es la muger *extraordinaria* y *incomprise* al lado de la muger sencilla y candorosa! Se dirá que la dicha de esta acaba tambien pronto, y que una nube turba luego la serena aurora del pacífico consorcio; mas no vemos otra razon de que esto suceda sino la voluntad de la autora, pero ningun motivo lógico que haga necesaria esta mudanza. Quitad de enmedio á esas almas excepcionales lanzadas á un mundo que esplotan, fingiendo odiarlo, para desgracia propia y de los demas, y todo continúa su marcha pacífica y ordenada. Oh! no useis de metáforas de primaveras y de otoños para explicar el círculo fatal de la vida del hombre, y autorizar sus extravíos, porque no creemos en el hombre planta, y si el amor sensitivo se marchita como la flor, el espiritual dura tanto como el alma en donde reside.

Asi como predominan en el primer tomo la gracia y la ternura, encontramos en el segundo pasages llenos de fuego, de sentimiento y de profunda observacion. Nada comprendemos, es cierto, en una *coqueta por exceso de sensibilidad*, y hasta aquí habíamos creido que andaban reñidas estas dos cualidades, pero sea como fuere, á pesar de lo fuerte é inflexible de nuestras convicciones, siempre que se nos habla á nombre del corazon, por estraños que parezcan los sistemas que se pretenden derivar, no podemos negarles oído; por singulares que parezcan las llagas que se nos revelen, las compadeceremos. Nunca para nosotros pueden ser materia de risa los lamentos del corazon, y hasta sus manías interesan poderosamente. Y qué será cuando están referidas con el fuego que anima los largos diálogos que tiene *Catalina* con *Cárlos* velando á la cabecera de su amiga! Hay un caos de sofismas y de verdades, de tinieblas y de luz en aquel pasage; pero, cómo nos interesamos, cómo aplaudimos ciertas réplicas del generoso jóven, cómo deseáramos sugerírselas á veces, cómo tomamos parte sin sentirlo en la conversacion y protestamos contra el triunfo que sobre el generoso ardimiento de *Cárlos* consigue la desencantada muger! Desde entónces temblamos ya por nuestro héroe, y al traves de aquellas abstracciones metafísicas, de aquellas aspiraciones de idealismo, sentimos el torrente que ha de envolverlos; mas todavia luchan, si bien débilmente, contra el criminal amor que los atrae; interesan todavia.

Personages hay en varias obras que se hacen criminales sin dejar de ser interesantes y si tal era el objeto de la señorita Avellaneda no lo ha conseguido

en nuestro concepto, ni le haremos un cargo por esta honrosa inesperienza en dorar el vicio. Aquella muger que persigue tenazmente al hombre que ama, atropellando su propio honor y los derechos conyugales de otra, aquel hombre que mata de pesar á su angélica esposa, abandonándola vilmente, cobarde y frenético á un mismo tiempo, aquella misma *Luisa* que no se desdén de visitar y hablar á la muger criminal, y oye todavia injurias, y protege la infidelidad de su marido, son objetos que repugnan y hacen arrastrar penosamente la lectura, hasta que pone fin á tantos crímenes un crimen mayor aun; siempre creimos desde el principio que *Catalina* debia acabar con el suicidio, y que despues de haber turbado á su sabor la felicidad de dos seres, se refugiaria cobardemente al sepulcro. A nuestros ojos la moralidad de este libro está en manifestar los extravíos de un carácter exaltado, y el poder de la seducción sobre un corazon jóven aunque entero y virtuoso.

Hay en las *Dos mugeres* cosas admirablemente escritas, descripciones bien bosquejadas, observaciones llenas de finura y novedad, propiedad en los caracteres y costumbres, naturalidad en el diálogo: hay trozos escritos con una tinta sombría que casi se elevan al tono lírico, cuales el capítulo XXVIII del tercer tomo, y el último coloquio de *Catalina* con *Cárlos*; pero no quisiéramos ver allí ciertos lugares comunes y máximas gastadas, ciertas espresiones ó ideas algo aventuradas aun en boca de una apasionada muger, ciertos giros algo franceses que deslucen de vez en cuando su pulida frase.

Un mérito vemos allá donde otros verán tal vez un defecto, en la sencillez de la trama y en la naturalidad de las situaciones. El que con escenas de la vida doméstica, con sucesos comunes sin enredo, ni peripecias, ni misterios, ni casualidades, ha intentado fijar la atencion durante cuatro tomos, y escitar á trechos poderosamente el interes, y lo ha conseguido en efecto, no es por cierto un talento vulgar.

Por lo mismo que tanto tenemos que elogiar literariamente, hemos sido algo mas severos en la parte moral, porque en manos de la señorita Avellaneda la pluma no es una arma inútil y despreciable. Si de algo valiera nuestro consejo, le aconsejariamos que dejando este árido y espinoso terreno de las miserias del corazon humano, buscara otro en que mas pudiera lucir las galas de su imaginacion, en lo cual ademas ganaria en originalidad, pues de lamentos, y decepciones, y de mugeres no comprendidas están llenas en el dia las novelas.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

A B R E C A R D O .

De tu madre en el seno
Duérme, dulce amor mio,
Cual gota de rocío

Duerme en el cáliz de la tierna flor.
El Duque de Rivas.

I.

Los ángeles aiados
Desciendan, niño bello,
Y enlacen á tu cuello
Sus amorosos brazos de marfil;

Y entre sus alas tiernas
Te aduerman con su arrullo,
Mas blando que el murmullo
De las fragantes auras del abril.
¡Ah! ¡cuán hermoso eres!

Tu cabellera riza
 Graciosa se desliza
 De tu rosado cuello en derredor;
 Y en sortijas desciende
 Sobre el hombro desnudo,
 Que mas bello no pudo
 La diosa imaginarlo del amor.
 Si de tu madre en brazos
 A su amoroso arrullo
 Te aduermes cual capullo
 Entre las tiernas hojas del rosal,
 ¡Qué convulsion tan dulce,
 Al sonreir, provoca
 En tu menuda boca
 El ensueño que forjas celestial!
 ¡Qué aliento tan suave!
 La nube de la pena
 De tu frente serena
 No eclipsa la hermosura y el candor;
 Y tus megillas mórvidas

Que la inocencia pinta
 La sonrosada tinta
 Colora entre azucenas con primor.
 ¡Puro y hermoso eres!
 Puro como la brisa,
 Que á la primer sonrisa
 De la aurora divaga en el vergel;
 Y hermoso, prenda mia,
 Cual los santos querubes
 Que en su lecho de nubes
 Se agrupan del Eterno en el dosel.
 Los ángeles alados
 Desciendan niño bello,
 Y enlacen á tu cuello
 Sus amorosos brazos de marfil;
 Y entre sus alas tiernas
 Te aduerman con su arrullo,
 Mas blando que el murmullo
 De las fragantes auras del abril.

II.

Mirad cual duerme el inocente niño
 En el regazo de su madre bella,
 Cuyos amantes labios con cariño
 Sobre su frente de jazmines sella.
 Dejad que en lecho de olorosas flores
 Los sueños goce de su edad floridos,
 Antes que de la suerte á los rigores
 Los mire el triste por su mal perdidos.
 Dejad que duerma: que del torpe mundo
 Al agotar la copa de amargura,
 El sueño no hallará de amor fecundo
 Que blandamente en su niñez apura.
 Dejadle entre quimeras deliciosas
 Gozar un punto; que al abrir los ojos
 Del blando sueño las fragantes rosas
 Trocadas; ay! encontrará en abrojos.
 Mas antes que los roncós aquilones
 Arrebatén las flores de tu infancia,
 Aun puedes apurar entre ilusiones
 De sus brillantes hojas la fragancia.
 Duerme, duerme tranquilo, prenda mia,
 Y protejan tu sueño los querubes,
 Que tu lecho con grata melodía
 Ruedan cantando en transparentes nubes.

Los ángeles alados
 Desciendan, niño bello,
 Y enlacen á tu cuello
 Sus amorosos brazos de marfil;

Y entre sus alas tiernas
 Te aduerman con su arrullo,
 Mas blando que el murmullo
 De las fragantes auras del abril.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.